

## UNA HISTORIA MUY SIMPLE

*Para Manuel Bravo*

Voy a contarles una historia muy simple. Probablemente no les parecerá nada especial y no quiero robarles tiempo, así que voy a tratar de hacerlo lo más rápido posible.

Me inscribí en psicología porque eso hizo mi mejor amiga. Éramos compañeras desde jardín de infantes y siempre la seguí en todo. En tercer año de facultad conoció a su novio y continuó sus estudios en otro país; por primera vez no podía seguirla. Cuando rendí todos los exámenes, el profesor me preguntó si estaba interesada en hacer mi tesis sobre el perfil psicológico de los participantes de *reality shows*. Accedí para no tener que pensar en otro tema, aunque no veía mucho la televisión porque me pasaba las noches entre los libros de estudio. Enseguida me di cuenta de que, evidentemente, el profesor había firmado un contrato con la emisora: a él lo empleaban y yo era la que iba a tener que trabajar, pero no me importaba. La tesis de licenciatura no es más que eso y hay que hacerla. Yo evaluaba los candidatos y elegía a los participantes que vivirían juntos durante algunos meses. Como hacían el programa con una licencia extranjera y ya sabían qué le interesaba a la audiencia, yo tenía preparados los rasgos de los perfiles psicológicos que en ese aislamiento colectivo no resultan bien. Tuve que elegir gente variada, pero dentro de la media; nunca nada verdaderamente especial. Cuando me gradué, tuve las noches libres: de pronto tenía mucho más tiempo y podía haber visto el programa, pero ya había terminado. Pero oí que había sido todo un éxito y que sobre todo a los chicos les había encantado el *reality* y los participantes elegidos.

Por primera vez en mi vida dejaba los libros de estudio y no sabía qué hacer. Iba más a lo de mis padres y juntos veíamos televisión. A ellos el programa no les había gustado, pero decían que ya eran demasiado viejos para eso.

Me aburría y quería tener un novio. Antes, cuando preparar exámenes demandaba todo mi tiempo, rompía con todas las relaciones. Decidí que el año siguiente me inscribiría en la maestría y después, también en el doctorado.

Un conocido de mi padre le había hablado de un trabajo que le parecía adecuado para mí, al menos como algo transitorio. Tomaban psicólogos aun sin experiencia laboral.

Así empecé a trabajar en la oficina de asilo político. En una antigua caballeriza remodelada, inmigrantes de China, África y Europa Oriental esperaban durante varios meses la decisión de asilo o deportación. Recuerdo el olor que había, cuando entré por primera vez y que hasta hoy puedo evocar vívidamente. Pero me acostumbré rápido y más adelante no me molestaba. El lugar era deplorable, pero el trabajo no resultaba exigente. Mi función era más bien de control y sólo a veces brindaba orientación: los escuchaba, hacía anotaciones en la ficha y en la mayoría reconocía de inmediato signos de depresión. Al principio, los remitía al dispensario municipal para que los derivaran al psiquiatra y les recetaran antidepresivos, pero los traslados exigían tantos trámites y resultaban tan

costosos que al final iba yo misma una vez por semana y la doctora me hacía un montón de recetas a nombre de quienes figuraban en la lista que había llevado conmigo.

En el segundo mes de trabajo, uno de los solicitantes de asilo se ahorcó. En el registro de las cámaras de vigilancia se lo veía besar a su hijo por la noche. Mientras dormía, le acarició tierna y lentamente la mejilla, tomó la toalla, fue al baño, se encerró en uno de los retretes y se suicidó. Después de eso, la administración colocó cámaras también sobre los retretes. Los investigadores eran muy amables y apenas hablaron conmigo. Uno de ellos se lamentó de que el hombre se hubiera matado una noche antes de ser deportado a su país de origen. Un día más tarde, su depresión habría sido un problema de ellos y no nuestro.

Al hijo lo dieron en adopción, no sin antes entregarle la carta de su padre, en la que le decía que debía estudiar mucho y ser alguien en la vida; él ya no podía más, tan desgarrado e indolente estaba. Esto concordaba con el diagnóstico que yo había anotado en su ficha. No quise ir a ver el cuerpo, aunque no recordaba del consultorio el rostro enjuto y difuso de la grabación de video. Debo admitir que se me hace difícil reconocer los rasgos de otras razas y necesito mucho tiempo antes de fijarlos en la memoria.

De modo que me sorprendió que hubiera dejado un sobre también para mí. Contenía un papel arrancado de un bloc de hojas cuadriculadas, en el cual había escrito con una birome la división 36/3.

No entendí. Guardé el papelito con mi material de estudio y seguí en el trabajo hasta el otoño, cuando empecé el posgrado. Me llamaron de la televisión –esta vez ellos a mí– y, mientras estudiaba, hacía la selección para una nueva temporada del *reality show*. Cuando hablamos de mis honorarios y les dije la cifra, no se me escapó el rápido intercambio de miradas y las sonrisas satisfechas. Tenía más tiempo y pude ver todas las emisiones del programa. Como psicóloga, visitaba a los participantes; hice amistades, me enamoré de uno de ellos y llené mi habitación alquilada con sus afiches. Cuando lo eliminaron del grupo, lo consolé, empezamos una pareja, a los quince días lo encontré con otra, se tomó un tiempo para pensar y prometí esperarlo.

Me llamaron de otro canal, después, de un tercero. Me volví una experta en elegir participantes para *reality shows*.

Una noche, cuando estaba sentada en casa estudiando, se me cayó del libro al piso el papelito del suicida. Me quedé mirando los números 36/3 y no se me ocurrió nada que tuviera sentido. Al día siguiente, pesqué en el colectivo una parte del noticiero donde el locutor citaba párrafos de los artículos de la ley que justamente estaban por aprobar en el parlamento. Hizo bastantes comentarios sobre la primera cita, pero después sólo decía número-barra-número. De pronto se me ocurrió: ¿Y si 36/3 significa el párrafo de un artículo determinado? ¿Pero de qué ley? La única ley que había leído en mi vida era la de deserción y todavía guardaba un ejemplar en mi casa.

El tercer párrafo del artículo 36 hablaba acerca de los menores de edad que no tienen parientes vivos o cuyos parientes no pueden ser encontrados, y decía que no son deportados sino que se les otorga el estatus de refugiados y son entregados en adopción temporaria.

Durante toda la semana siguiente me sentí algo extraña. Pensaba que estaba por enfermarme o que había comido algo en mal estado. No tenía ganas de vomitar, pero me sentía pesada y a veces tenía dificultades para respirar y sentía oleadas de calor. Entonces de pronto me faltó fuerza en las piernas, me derrumbé sobre la silla y casi la rompo. Por suerte estaba en mi casa y no me pasó en algún otro sitio de la ciudad.

Lo comprendí todo.

Es difícil describir las horas siguientes. Mostraba todos los síntomas de un ataque de nervios pero a la vez sabía que no era eso. No estaba colapsando sino más bien despertando. Me dormí exhausta y amanecí fresca como nunca. Los colores eran más nítidos y mi olfato más agudo. Me pareció que hasta entonces toda mi vida había estado anestesiada.

Llamé a la oficina de asilo político y me contaron dónde enterraban “a los suyos”, como dijeron, y fui a poner flores en la tumba que estaba marcada con una cruz de madera, aunque el cuerpo debajo de ella probablemente no era de un cristiano; en la cruz, sólo el nombre, el apellido y el año de la muerte. Miraba la tierra cubierta de maleza y en vano trataba de recordar el rostro del hombre que seguro había estado sentado frente a mí varias veces hablándome de sí. Sobre la guerra, la miseria, la persecución, como todos. Sólo que él estaba huyendo con su hijo y había leído la ley. Entendió que los dos iban a ser deportados al lugar de donde habían huido, a menos que... su hijo ya no tuviera parientes vivos. Que no lo tuviera a él.

¿Cuánto tiempo hacía que lo sabía? ¿Cuánto tiempo se había estado preparando? Había esperado hasta la última noche para estar lo más posible con su hijo, para hacerlo dormir por última vez, y después llevar a cabo su plan.

No pude recordar el rostro, pero la imagen borrosa del hombre inclinándose sobre el niño y besándolo tiernamente mientras dormía no se me iba de la cabeza.

Supe que estaba parada sobre la estrecha tumba abandonada de un héroe.

Empecé a reflexionar y todavía no dejo de pensar en el estado de adormecimiento general en el que estaba inmersa y que se esfumó en el momento en que me topé con ese acto heroico. Elegía a los más mediocres de entre los mediocres para los *reality shows* precisamente para que ninguno de ellos se destacara demasiado; si no, algún televidente podría despertarse de su letargo. De pronto vi todos esos televisores, la música que sonaba en los parlantes y en la radio, los afiches de películas, los *shoppings* y montones de gente de compras; todo, todo me parecía un poderoso anestésico que nos mantiene en estado de sopor. Me di cuenta de que estudié algo que ayuda a guardar en un cajón lo

diferente. El único héroe que conocí no se encaminó a la muerte en un supremo sacrificio, sino que sólo estaba deprimido, es decir, enfermo. Como correspondía, le aconsejé que tomara sus pastillas, pero no las tomó: no encontraron antidepresivos en su sangre. Todos los héroes de la historia que se inmolaron ante una gran anestesia y fueron en su día un modelo para los niños, hoy, desde nuestro punto de vista, sólo son depresivos. Al diagnosticar una enfermedad, convertimos en patología todo lo mejor y lo peor de un ser humano. Lo único que queda es la medianía de la mediocridad.

Y la mediocridad adormece, sobre todo a los niños.

Mi ex novio del *reality show* llamó a la puerta; quería decir que se había decidido por mí, por lo menos por esa noche, pero no llegó a hablar. Le di una bofetada y un portazo en la cara. Después de unos minutos volví a abrir la puerta; él ya no estaba en el pasillo, y arrojé todos sus afiches detrás de él.

Seguí reflexionando: ¿Soy sólo yo la que estuvo anestesiada o todo el mundo occidental está así? Sumergido en la segura y gris mediocridad, sin contacto con los extremos del bien y el mal, el mundo está en una sola depresión anestésica que mucho tiempo atrás se lo habría llevado al abismo de no ser porque se aferró al equilibrio de los tratamientos médicos y al consumo que nos posibilita la mano de obra barata china. ¿Que me quede sentada frente al televisor como les pasó a mis padres? Pero, ¿acaso soy capaz de caminar sola, cuando hasta ahora me llevaba por la vida el impulso de la anestesia?

Tomé el papelito y me quedé mirándolo.

36/3

Me eligió. Probablemente por el simple hecho de haber estado allí, y por mi profesión, por la formación que debería prepararme para mirar en el alma. Por supuesto que no fue así: no vi nada, ni siquiera su rostro. Pero él sí me vio a mí y quiso dejar una huella. Quiso que por lo menos alguna persona supiera qué hizo y por qué. No se lo pudo decir a su hijo que se habría desmoronado con la culpa de por vida. Me eligió a mí. Tardó un tiempo, pero me alcanzó.

Te lo agradezco.

Traducción: Mojca Jesenovec y María Florencia Ferre